

rales de la Cámara, salvándose del aleve naufragio solo diez y siete diputados, de modo que la *Chambre introuvable* de 1815, se acababa de encontrar de nuevo, por cuya razón el espíritu francés siempre socarrón y oportuno, llamó desde luego á la nueva Cámara, la *Chambre retrouvée*.

Habíanse hecho las elecciones bajo el programa electoral que había anunciado la intención del gobierno de abolir el artículo 37 de la Carta, que era el que prevenía la renovación anual por quintas partes de la Cámara, sustituyendo la renovación íntegra septenal, lo cual se presentaba nada menos que como un progreso y una conquista constitucional, citándose el ejemplo de Inglaterra, y lo cual se rechazaba por los liberales hasta como siendo demasiado liberal.

«Presentó el proyecto de ley, Corbière, á la primera Cámara en 5 de Abril de 1824, en la segunda Cámara encontró,—8 de Junio,—doscientos noventa y dos votos que la aprobaron contra ochenta y siete que la desaprobaron. Las decisiones de la mayoría estaban de antemano descontadas; los argumentos más racionales de los realistas y de los conservadores más sensatos quedaron sin responder. Los partidarios de Richelieu en la Cámara de los pares la combatieron con argumentos seguros, citando la autoridad de Napoleón é invocando la experiencia que había probado que en Francia el sufragio universal había producido todas las asambleas revolucionarias, la Constituyente, la Asamblea legislativa y la Convención. También en la segunda Cámara se hizo valer que esta institución pertenecía en puridad al principio republicano; que por esta razón, existía en América y que no se había introducido en Inglaterra más que para restringir el poder real en presencia de una monarquía absoluta; ese poder real, se decía, que en Francia era el principio regulador que imprimía al gobierno su carácter particular.

«Pero todo fué en vano; Royer-Collard hizo resaltar el carácter peligroso de la estabilidad que se quería obtener por medio de esta nueva organización: «Por lo mismo que es, decía, contraria á la Carta, lleva en sí mismo el contagio de la inestabilidad. Siete años atrás había ministros, ¿en dónde han ido hoy á parar? ¿Ha habido desde hace medio siglo, un sistema que haya durado siete años? ¿Un ministerio que haya vivido dicho tiempo, una verdad ó una política que haya durado tanto? ¿Qué es lo que se hará dentro siete años?»

En efecto, lo que se hizo á los siete años muy pocos estaban en el caso de preveerlo en 1824.

Para la ley el problema quedó planteado. Interin el tiempo daba la solución, la Cámara atacó una cuestión sumamente delicada, la de la indemnización que se debía á los emigrados de la época de la Revolución.

Habíase calculado que á los emigrados se les habían de repartir nada menos que mil millones, y como la contratación de un empréstito para satisfacerles no convenía á Villele, cuya gloria toda se cifraba en haber sabido restaurar la Hacienda francesa, se recurrió al expediente de rebajar el tanto por ciento de intereses que se abonaba á la renta ó deuda pública para hacerse así con el dinero necesario,—23 de Marzo,—«para restañar las heridas hechas por la Revolución.»

Este plan económico produjo una fuerte oposición en el país y en las cámaras, pero el gobierno se mantuvo firme y la ley de la conversión de la deuda á dicho fin fué votada,—5 de Mayo,—por una fuerte mayoría que vió levantarse ante sí airada una minoría de ciento treinta y ocho votos. La *Chambre retrouvée* podía, pues, dar sorpresas á Villele.

Pero á la segunda Cámara no le hizo gracia alguna el pensamiento de Villele, que indudablemente castigaba á los pequeños rentistas y en general al bajo clero, poseedor de los títulos pequeños, así es que el arzobispo de París, de Quélen, no pudo menos de tomar la defensa de los suyos y de sus parroquianos, que se calculó en doscientos millones lo que iba á perder París con la conversión, y como al arzobispo se unieron Roy, una autoridad en materias financieras, y los partidarios de Richelieu y Montmorency; Villele se estrelló ante las resistencias que estos representantes de los pequeños rentistas y de los intereses de la capital le opusieron, viendo su ley rechazada por ciento veintiocho votos contra noventa y cuatro,—3 de Junio.

Parecía natural que ante tan clara reprobación de la política del ministerio, Villele se retirase, y así lo creyó Chateaubriand que ofreció seguirle, pero Villele por lo contrario se afanzó más fuertemente que nunca en el poder, despidiendo lo mismo á Chateaubriand que al duque de Bellune, reconstituyendo el gobierno con elementos más homogéneos. De esta manera insolente y provocativa respondió Villele á los votos de las cámaras.

Esto ocurría cuando ya Luís XVIII había entrado en su larga y cruel agonía. Luís demostró en sus últimos tiempos una fuerza de voluntad, un carácter tan firme y seguro que impuso respeto á todo el mundo. Encorvado sobre sí mismo, comiéndosele

la gangrena piés y piernas, iba muriéndose lentamente con un corazón firme é inquebrantable. Inútil era que se le hablase de recibir los últimos sacramentos, Luís rechazaba todo consuelo que pudiera venir de ese lado, y Frayssinous hubo de reclamar el auxilio de la de Cayla que pudo más que él. Para satisfacer á su favorita, Luís XVIII, el rey cristianísimo, consintió en morir como un cristiano,—16 de Setiembre de 1824.

Subía, pues, ahora al trono el último hermano de Luís XVI, el que había dado la señal de la emigración en Francia, y por consiguiendo el hombre de los emigrados que reclamaban los mil millones. ¿Cómo, pues, había Carlos X de alejar de su lado al ministro que más había hecho hasta aquí por los que le habían seguido? Pero si Carlos X conservaba á Villele, no se disponía á ser el hombre de la reacción.

Carlos X había envejecido y se había convencido de que no era posible remontar el curso de los tiempos, como querían los puntiagudos y habían temido que sucedería los liberales. Así se le vió con gran sorpresa de todos mostrarse tolerante y liberal hasta un punto, que nadie podía presumir ni esperar. De primer momento agració á un buen número de condenados por delitos políticos,—27 de Setiembre,—de modo que ya no necesitó de más Carlos X para que se le presentara por los liberales como el mejor de los reyes, como una esperanza de la patria, y para que anunciaran cada día para el día siguiente, la caída de Villele; pero Villele si algo necesitaba para fortificarse en su puesto, este algo se lo dió Metternich al visitar á París en 1825 como ya hemos contado, pues, Metternich salió convencido de que Francia había encontrado en Villele al hombre que necesitaba para destruir «la horrible Carta,» y las instituciones representativas de Francia.

Tal era, en efecto, el pensamiento de Villele y el propósito de Carlos X, plan que se proponían realizar con gran prudencia y poco ruido, aun cuando los ultras echaban en cara al ministro al cerrar la legislatura del año 1824, que el primer año del septenario había sido muy poco provechoso.

Villele se propuso, en la medida de sus fuerzas, dar satisfacción á sus correligionarios en 1825, y al efecto presentó su ley sobre el restablecimiento de los conventos. Era, este, un punto que, naturalmente, interesaba mucho á la Iglesia, pero la nación veía á los frailes con mal ojo y no era cosa de provocarla. Así se atacó la cuestión, de soslayo, tratando sólo de los conventos de mujeres y de la gran no-

vedad de la ley que consistía en querer sustituir la autorización real á la ley, que era necesaria para el establecimiento de todo convento. Pero esta innovación no la consintió la Cámara de los pares y el gobierno tuvo que pasar por lo que la Cámara dispuso, y mediante esta sumisión el resto de la ley pasó.

El triunfo del partido clerical, fué, sin embargo, completo con la ley de sacrilegio que votó la Cámara en 15 de Abril, después de una discusión que causó verdadero espanto por los odios y rencores que demostraron anidar los pechos de los católicos. En vano se hacía notar á los puntiagudos que confundían los delitos con los pecados; todo fué inútil y la pena de muerte se impuso para los que violaran el recinto sagrado, para los que robaran los vasos sagrados, etc.; y á donde se había querido llegar lo dijo el mismo Peyronnet, el anterior ministro de Justicia, cuando interpelado por un colega que le decía con cuanta sorpresa le veía ahora defender lo mismo que siendo ministro había combatido: contestaba, pues, por haber escapado por fortuna á una ley contra la blasfemia.

Dicho se está que la ley sobre la indemnización que se debía pagar á los emigrados, reapareció bien que bastante modificada, renovándose la cuestión entre los dos partidos. El partido ultra encontraba mezquino lo que ahora se ofrecía, y pedía que se declarara ó que bien habían sido legales las asambleas revolucionarias y por consiguiendo no cabía la indemnización, ó que se declarase ilegal todo lo hecho por ellas y se reintegrase en sus bienes á los emigrados.

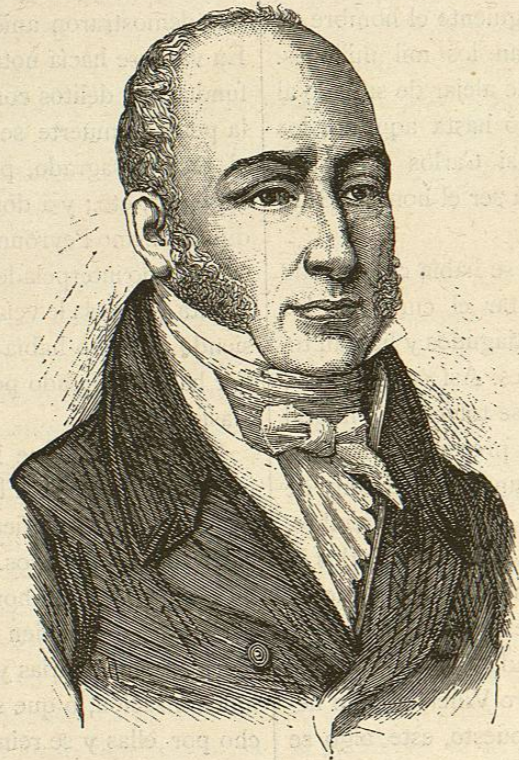
Ahora se trataba de indemnizar á los emigrados, creando para ellos una inscripción en el libro de la Deuda de treinta millones de rentas al tres por ciento que se creía poder amortizar en cinco años, pagando seis millones anuales, y esta fué la operación que prevaleció, á pesar de la oposición, no porque fuera la mejor, decía Villele á Metternich, sino porque las cámaras no dejarían pasar otra.

Marchaba, pues, el año 1825, viento en popa para los ultras, quienes, además, vieron con inmensa satisfacción al rey Carlos organizar la Corte bajo el mismo pié y con los mismos empleados palácicos, y con los mismos títulos del antiguo régimen, llamándose Delfín al duque de Angulema á pesar de sus cincuenta años y *meninos* á los escuderos del Delfín á pesar de sus barbas. Y no fué esto sólo, sino que Carlos quiso ir á Reims para ser consagrado rey, lo que se hizo no como en los días de Napoleón, poniéndose por sí mismo la corona, sino postrándose con

la mayor humildad á los piés del arzobispo de París, para que éste lo ungiera con los Santos Oleos. Desde este momento, y gracias á haber dejado de cuartel á un gran número de generales á causa de su edad, lo que equivalía á licenciar, á dejar sino en la miseria en situación precaria á casi todos los generales de la república y del imperio, la oposición principió á organizarse protestando de todo por medio de caricaturas tremendas, y por medio de la venenosa canción de Beranger intitulada *La Consa-*

*gración de Carlos el Simple*, que le valió, por de pronto, el ir á dar de nuevo con los tribunales.

Todo esto, de la misma manera que hacía abrir los ojos al país, se los hacía abrir á los realistas de buena fe, quienes no veían sin grande pena entregado el gobierno de palacio á los realistas más exaltados, de modo que ya desde esta época el *Journal des Debats* declaraba que la familia real se veía arrastrada al abismo por una implacable fatalidad.



MONTLOSIER

Creíase ya con todo esto tan dueño de la situación el partido clerical, que con indecible sorpresa de todo el mundo; se vió al príncipe de Croy, gran limosnero del rey, publicar en 19 de Marzo de 1825 una pastoral por la cual por sí y ante sí declaraba nulo todo matrimonio civil, el cual, naturalmente, comparaba como lo hemos visto en nuestros días entre nosotros, al concubinage, en cuya pastoral amenazaba con los rayos de la Iglesia, á todo el que no fuera á misa y no confesara, declarando además que emplazaría delante su tribunal á los que incurrieran en delitos de herejía y magia; restaurando igualmente por su propia autoridad los días festivos que habían sido suprimidos; ordenando, en fin, que se retiraran de las iglesias los vasos sagrados de estaño y cobre de las mismas y se reemplazaran por vasos de plata.

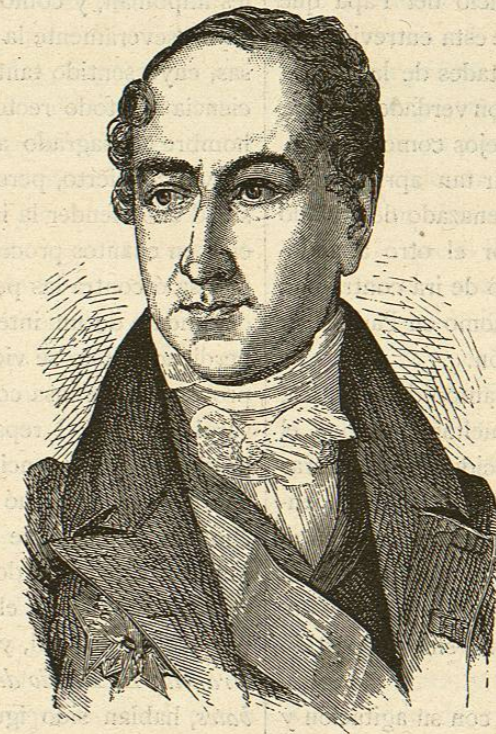
Metternich mismo se asombró por lo hecho con tanta frescura por el limosnero del rey, diciendo que de haberse hecho esto en Viena, el limosnero hubiese ido á parar en un seminario, pero al príncipe de Croy todo le era permitido, y nadie se atrevió á desautorizarle, ni aun el arzobispo de París que había manifestado más de una vez su disgusto por lo que hacía el limosnero, naturalmente, con aprobación del ministro de Cultos.

Quiso éste aprovechar la presencia en París de los obispos que habían ido á la consagración de Carlos X para que se pronunciaran sobre una cuestión que había de producir grandes conflictos.

«Lamennais había sometido las libertades de la Iglesia galicana á un examen de un alcance de todo punto ultramontano. El ministro de Cultos, pues, aprovechando la dicha circunstancia, quiso obtener

de ellos,—3 de Abril,—una declaración por la cual defendieran, contra las calificaciones injuriosas de Lamennais, las cuatro proposiciones de la declaración del clero francés en 1662, tal como se habían aceptado en Francia, á saber: «que el Papa no tenía derecho alguno ni sobre los príncipes ni sobre los reyes; que estaba sometido á las decisiones de un concilio general; que su autoridad en Francia la determinaban los estatutos del reino y de la Iglesia, tal como estaban en vigor, y, en fin, que en materia de fe su fallo no era inmutable.

»Pero tan pronto Frayssinous invitó al episcopado á que se adhiriera á esta declaración, la división estalló. Una parte del episcopado consintió; pero otra parte no quiso dar su consentimiento más que á la primera de las cuatro proposiciones galicanas; otra parte del clero pidió que se llevara la cuestión al Papa, y otra parte se negó á dar respuesta alguna. Frayssinous, que llamaba á todos sus partidarios á las armas contra Lamennais, creía que, por medio de esta declaración de los obispos en favor de la doctrina galicana, podría desarmar á la



PEYRONNET

opinión liberal, que fundaba precisamente en el libro de Lamennais la acusación de ultramontanismo que formulaba contra los curas.» Pero nadie se daba á engaño, porque no había quien no supiera que detrás de los prelados galicanos había los prelados ultras dispuestos á todo lo que pudiera complacer á Roma.

Lamennais había nacido en 1782 en Saint-Malo, en Bretaña, hijo de una familia cuya fortuna había destruido la Revolución. Solo, enfermizo y sujeto á la voluntad de hierro de un hermano de temperamento radical muy rígido, Lamennais se había visto secuestrado del mundo desde muy temprana edad, no relacionándose con él sino por medio de una lectura enorme hecha muy de prisa y corriendo, y sobre todo lo que se escribía en su tiempo. En este aislamiento, en el que vivió ya por gusto ó por hábito

cuando había adquirido una buena reputación, Lamennais cayó víctima de la soledad que convierte á los hombres en presuntuosos, pudiéndose decir que á pesar de su traje, Lamennais era tan vanidoso y orgulloso como Chateaubriand su compatriota, siendo como las de éste gigantescas sus pretensiones, de modo que lo que fué Chateaubriand en el campo realista por estos tiempos, es lo mismo que vino á ser Lamennais en el campo ultramontano.

Vitrolles presentó al rey Carlos á Lamennais, pero á éste le pasaba lo que á todos los que viven retirados del trato social que tanto cuanto pueden en el seno de su retiro con la pluma en la mano, tanto menos valen en medio del mundo en donde no saben guardar su posición y en donde la timidez natural que promueve el cambio de condiciones, hace